

MARCOS PEREDA

**UNA PULGA
EN LA
MONTAÑA**

LA NOVELA DE VICENTE TRUEBA



© Marcos Pereda

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2018.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: septiembre 2018

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada y maquetación: Amagoia Rekeru García

Foto portada: AFP/Getty Images

Foto autor: Gema Rodrigo

Foto interior portada: ullstein bild Dtl./Getty Images y AFP/Getty Images

ISBN: 978-84-946928-5-7

Depósito legal: BI-1399-2018

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Para Gema, que dibuja sueños en fotos.
Gracias por ser.

Todo empieza con una sonrisa.

Claro.

Empieza.

Con una sonrisa.

ÍNDICE

Antes de ahora.....	9
La juventud en bicicleta	21
Subido a hombros de gigantes	41
Tiempo de silencio	87
El pionero de la montaña	127
Mirando a los ojos del rey	151
Sueños de todos	167
Odio que es amor que es odio.....	193
Un final.....	211
Coda.....	247
Bibliografía.....	267

ANTES DE AHORA

*Tal es el solar de la Vega.
Tal es la cuna de uno de los pocos apellidos
cuya histórica huella conserva el pueblo,
y aplaude todavía en sus romances y en sus dramas.*

Amós de Escalante

Sí hombre, conozco a Vicente casi desde el mismo día en que nació. Y le digo que casi porque yo lo hice un par de noches antes. Nada más que por eso, ¿eh?

Fue en octubre de 1905. Yo el 14, el 16 Vicente. Nuestras familias tenían viviendas lindantes la una de la otra. En el barrio Caseríos, en Sierrapando. Es allá arriba, igual lo ha visto usted. La zona más alta, a un par de kilómetros de Torrelavega, entre la carretera que va a Polanco y la que sube hasta La Montaña. Un pueblo, pero muy cerquita de lo que ya era ciudad desde unos años antes. Hoy parece un barrio más, pero en aquellos tiempos aun podías sentir allí que la vida caminaba un poco más despacio...

Verá, mis padres habían vivido ahí por generaciones. Abuelos, bisabuelos... todos llevaban en Sierrapando desde que el mundo es mundo. Un buen lugar para una existencia tranquila y feliz. Cerca del mar, clima agradable, tierra fértil, había pastos abundantes en los alrededores y hasta teníamos mancomunidades

con otros pueblos de la zona. No sé, supongo que hay sitios donde levantarse cada día era más complicado a principios del siglo XX.

A lo mejor por eso llegaron los Trueba a Sierrapando. Porque los padres de Vicente no eran de aquí, no. Bueno, ella sí, en parte, porque doña Victoria había nacido en Torrelavega, que es la ciudad («somos ciudad desde 1895, hijo, que no se te olvide nunca», me decía mi abuelo, orgulloso) que se ve a los pies de Sierrapando, justo en la bárcena donde se unen los ríos Saja y Besaya. Pues eso, que doña Victoria nació en Torrelavega, pero su familia descendía del Valle de Iguña, que está unos kilómetros más al sur, cogiendo el Camino Real y pasando ya los Corrales de Buelna. Eran de un pueblo de allí, de Bostronizo, sitio de canteros donde algunos aun hablaban la Pantoja, la jerga de quienes trabajaban las piedras. ¿No la conoce? Bueno, pues es cosa de gran interés eso, ¿eh? Todo un idioma gremial, ni más ni menos. Complicado, muy elaborado, no se piense. A ver que recuerde yo... esto me lo contó un primo mío que era trasmerano, que por allí también *garlupiaban* con estas cosas... sí... mire, *oretear por los llampos* es como decían «llorar», porque *oretear* era llover y los *llampos* los ojos, así que cuando uno llovía por los ojos estaba llorando. Y como esto, muchos más ejemplos. Pero veo por su cara que no venía a escuchar estas historias, así que mejor me voy a centrar otra vez en los Trueba.

¿Sabe qué me ocurre? Que paso mucho tiempo solo ahora, apenas puedo echar un rato con nadie. Todos se me murieron... llegar a tan viejo... bueno, a veces es más una maldición que otra cosa. Entonces solo hablo con ellos, con los fantasmas de quienes no están ya, y por eso hacerlo con usted, que responde, que sonrío, que se incomoda... bueno, es una novedad. Y pierdo el hilo. Pierdo el hilo.

¿Por dónde íbamos?

Ah, sí. Pues eso, que la familia materna era de Iguña, de Bostronizo, aunque llevaba ya un tiempo viviendo en Torrelavega. Pero la paterna era diferente. El padre de Vicente, don José Trueba Sañudo, era pasiego. Como puede usted ver en los

propios apellidos, vaya, que hablan por sí solos. De un barrio en Vega de Pas, Pandillo se llamaba. Y claro, en aquel tiempo ser pasiego era cosa seria, no como ahora. Bueno, ahora un poco también, no sé si me entiende.

Le voy a hablar en confianza. A los pasiegos los montañeses siempre les hemos mirado con un poco de recelo. Aquí nos llaman montañeses a los de los valles, los de esta zona en la que estamos ahora, los de Cabuérniga, los de Cayón, los de Reocín... por ahí. Pues todos esos a los pasiegos... bueno, cierta distancia. No por nada, ¿eh?, pero es que eran muy diferentes. Hasta en el físico. Gente de pelo claro, muchos rubios o castaños, con narices grandes, normalmente de baja estatura, muy fornidos de espaldas. Que es normal, vaya, supongo, después de siglos viviendo, trabajando y saliendo adelante en unas condiciones muy complicadas, en uno de los terrenos más salvajes de toda Cantabria. Y además son personas calladas, reconcentradas, que siempre piensan mucho cada palabra antes de decirla. Está bien ello, ¿eh?, pero aquí, en tierra de hidalgos impulsivos... pues destaca. Tipos de honor, eso sí... se cierran los tratos con un apretón de manos y vale más que la firma de cualquier notario, abogado, juez, escribano o similar. Jamás se echará atrás un pasiego en una promesa. Nobles lo son, y mucho.

La cosa es que allí, en el Pas, llevan desde siempre haciendo las cosas de forma distinta a como las hacemos aquí. El aprovechamiento del monte, me refiero. Lo más importante en Sierrapando, y en Torrelavega, y en Vargas, Mogro o Puente Arce son los comunales, bosques y praderías que son del común, de todos los vecinos del pueblo, y pueden ser explotados por todos ellos. Es decir, que subimos allí al ganado a pastar, cogemos agua o madera, recolectamos castañas en otoño... bajo un estricto régimen de fechas y turnos que hace que cada uno tenga las mismas posibilidades que los demás, y que ese tesoro no se agote nunca. Porque si terminamos con él... si lo liquidamos de tanto explotarlo... al final nos quedamos sin nuestro sustento en el siguiente invierno.

Pues, ¿sabe qué?, en el Pas no es así. Ellos no hacen rendir de esa forma sus tierras, sino que practican lo que se llaman mudas. O sea, que tienen varias cabañas repartidas aquí y allá, en zonas de pastos, y la familia al completo se va desplazando de una a otra dependiendo del momento del año. Mudarse, dicen. En realidad, si quiere, persiguen al ganado, que siempre intenta conseguir el mejor forraje, el de las brañas altas en verano, el más rico y fresco, el que da una leche más espesa...

Ya ve, una tontería, un detalle pequeñuco. Pero si le une las diferencias físicas, las de carácter y todo lo demás... bueno, pues quedaba la sensación de que eran los pasiegos muy diferentes a los montañeses.

Además, con ellos se habían creado varios tópicos que aun arrastraban en aquellos primeros años del siglo XX. Tópicos que eran de la centuria anterior, pero que se mantenían. Porque, verá, los pasiegos se hicieron populares entre la alta sociedad de España en esos años. Las pasiegas, más bien, las amas de cría, mujeres que se iban a Madrid o a las grandes ciudades para amamantar a los niños de la alta sociedad. Si hasta una pasiega dio de mamar al futuro Alfonso XII, imagínese cuanto honor. Pues eso, que en la época se puso de moda contar con una pasiega que diese el pecho a los recién nacidos de las mejores familias. Por no estropear figuras femeninas y no causar molestias, supongo. Algo habitual, pero en ese tiempo lo importante era la procedencia. Del Pas, porque aquellos aires eran más puros, el clima creaba constituciones muy fuertes y las aguas que tomaban desde jóvenes resultaban tan naturales que forjaba mujeres robustas y decididas, mujeres cuya leche era un manjar con el que alimentar a los futuros gobernantes del país. Así que, de alguna forma, las pasiegas eran un objeto más del que presumir en fiestas y presentaciones de la alta sociedad madrileña. Siempre vestidas con su traje típico, siempre un puesto importante en pinturas de cámara y fotografías. Mujeres que habían dejado de nutrir a sus propios hijos para criar a los ajenos a cambio de un puñado de monedas. Ya ve, una visión romántica, pero que encerraba una realidad algo más agridulce, ¿no? Al final eran

una posesión más de la que enorgullecerse, como las casas, los trajes o, con el tiempo, los automóviles...

Eso, ellas. Pero los hombres, los pasiegos, también tuvieron su momento de gloria. Hubo montones de libros, de relatos, de cuentos y novelas donde aparecían pasiegos. Siempre dibujados de la misma forma. Contrabandistas buenos, gente de palabra, tipos astutos que ayudaban a quien estuviera en un aprieto, pero que tenían sus propias reglas en lo que a leyes y costumbres se refiere. Con su perro, su *palanco*, aprovechando las noches para poder salvar puestos de guardia e introducir la mercancía sin declararla. Sujetos sin más normas que las suyas, con una ética intachable pero al margen de cualquier sociedad ajena al Pas. Un prototipo romántico, un poco como los bandoleros de Sierra Morena, que seguro que no todos eran tan caballerosos y tan patriotas. Pues con los pasiegos igual. Porque esa leyenda era la típica que hace mucha gracia a los señoritos de ciudad, a ese tipo de escritores que recogen murmullos aquí y allá, que compran vino malo en la taberna del pueblo a precio de oro y después regresan, contentísimos, a sus cafés elegantes para comentar con el resto de pisaverdes lo peculiar que es todo en el monte. En otras palabras, relatos que no hacían más que tocar el tópico, que vendían como habitual lo que era extraordinario. Que no gustaban, claro, en los lugares de donde eran sus protagonistas.

Pero vamos, que por unas u otras cosas, los pasiegos eran gentes extrañas a principios del siglo XX, cuando don José Trueba bajó desde Pandillo hasta Sierrapando. Apreciados por su rectitud, convertidos en elementos de moda en las grandes ciudades... y mirados de reojo por bastantes aun en los pueblos...

En aquella época muchos pasiegos estaban abandonando sus valles de origen, emigrando en busca de un futuro más sencillo. Era vida dura la suya, y algunos de los más jóvenes querían probar suerte fuera. La mayoría bajaron aquí, a La Montaña, pero los hubo que fueron más lejos. ¿Conoce los helados Miko? Los franceses, sí. Pues los fundó un pasiego, uno de San Pedro del Romeral. ¿A que parece increíble? Lo

cierto es que en el Pas se hacen los mejores helados, óigame bien, porque allí hay una raza de vacas pequeñita y malhumorada que da muy poca leche, pero la que proporciona es magnífica para trabajar con ella, y quedan los postres cremosos como no pudiera usted imaginarse...

Pero bueno, sí, que vuelvo a divagar. Lo leo en su rostro... Ya lo lamento.

La mayoría de pasiegos llegaron a las cercanías de Santander y de Torrelavega. Es que en Torrelavega estaban abriendo un montón de fábricas, ¿eh?, y más que iban a abrir en los años siguientes, y parecía un buen lugar donde medrar. Lo de tener la doble ocupación, unas pocas vacas y además un empleo en la factoría... eso aquí lo hemos visto todos.

Bueno, los Trueba no. Ellos se dedicaban únicamente al ganado. Y no se crea, ¿eh?, que no les iba nada mal. Tenían dinero. Ricos no, porque ricos en Sierrapando no había, pero eran de los más adinerados del pueblo. Eso sí, todo conseguido a base de matarse trabajando, porque las vacas exigen estar pendiente de ellas de sol a sol, entre ordéñalas, dales de comer, atiende a esta o aquella, atropa verde, recoge abono. Una vida durísima, ya le digo, en la que tenían que ayudar todos los de la familia, incluida la mujer o los niños. Bueno, la mujer ayudaba el doble, porque ella trabajaba con los animales y después tenía que mantener la casa adecentada y dar de comer a todos. Sí, eran necesarias mujeres fuertes en aquellos tiempos.

Porque, además, estaban todo el tiempo pendiente de los niños. De tenerlos, de criarlos. Doña Victoria parió nueve hijos, ni más ni menos. Aunque es verdad que uno de ellos se murió al poco de nacer. Se llamaba Fermín, y al siguiente que llegó le pusieron el mismo nombre, que era algo muy habitual en la época. Vicente fue el tercero, sus hermanos mayores eran Federico y José. Todos, absolutamente todos, acabaron andando en bicicleta. Incluidas las chicas, ¿eh? Algunos compitieron, otros no, pero no había un Trueba en el Sierrapando de la época que no fuera de un sitio a otro encima de la bici a una velocidad digna del mismo diablo, con perdón de la

expresión. Menudas patas tenían, menuda forma de dar pedales. Cosa digna de verse.

Como le decía, mis padres tenían una casa al lado de la de los Trueba. Más pequeña, porque nosotros no manejábamos tantos posibles, y además fuimos solo tres y no necesitábamos más espacio. Vivienda chiquituca y una cuadra para las vacas. Y ya está. Y por eso yo prácticamente me crié con Vicente. Jugábamos juntos, íbamos juntos a la escuela, hacíamos juntos las mismas travesuras. Lo conozco... no sé si mejor que nadie, pero sí desde más tiempo, jejeje.

Déjeme que le cuente.

Vicente era un crío como los demás. Travieso, introvertido a veces, un poco cabezota. Quiero decir que nada hacía ver en él la leyenda que acabaría siendo. Y supongo que esto es normal, ¿eh? Yo a veces leo cosas sobre hombres famosos, personalidades importantes, y me queda siempre la duda de cómo es posible que a todos se les adivinase casi desde bebés toda su grandeza. Cómo se podían dar cuenta, en qué lo notaban. No, eso es ficción, seguramente. Vicentuco era, como le digo, un chaval igual que el resto. Con sus cosas buenas y sus cosas malas pero, en esencia, uno más... Ni siquiera andando en bici sobresalía, mire lo que le digo. Y no es que no pudiera destacar, pero no tenía ganas. Para eso no he visto criuco más tranquilo. Ya podías picarlo y picarlo que no entraba al trapo. Si en una cuesta ibas más rápido que él... ningún problema, no cambiaba su ritmo por estar al tuyo. Si subiendo La Hilera se cruzaba con alguno de los otros chicos y éstos le gritaban, vamos, Vicente, que te dejamos atrás... él sonreía y seguía como si tal cosa. No le importaba. Claro que cuando realmente se enfadaba... bueno, entonces con un par de golpes sobre los pedales ya no lo veías más. Aquellas arrancadas, aquellas piernas fornidas que tanto saldrían más tarde en la prensa ya las tenía de zagal. Y, en fin, si llegabas a tocarle el orgullo... si realmente tenía ganas de jugar contigo, y de echar una carrera en serio, de esas de sudar y quedar extenuado al final... entonces nadie podía compararse con Vicente Trueba, ni siquiera su hermano mayor José...

Sí, esas patas eran lo que más destacaba en él. Y eso que en la época los chavales éramos corpulentos, ¿eh?, labrados por el trabajo en el campo. No habré visto yo mozos de trece años con espaldas como auténticos hombres. Ahora es todo distinto. Mejor, seguramente, no lo niego, porque los niños ya no tienen que andar faltando a las clases para ir a segar o a ordeñar vacas. Antes esto era de lo más habitual, créame. También, por así decir, madurábamos con menos edad. Pero me vuelvo a desviar, ¿no?

Le decía que de Vicente llamaban la atención sus piernas. Y su altura, claro, porque siempre fue pequeñito, el más bajo de todos los de su edad. Yo mismo le sacaba un buen palmo, y eso que nunca he sido lo que se dice un gigante. Pero él era así, como si estuviera comprimido. En realidad todos en su familia eran de baja estatura, debía ser cosa de antaño. Por lo demás, un chico como el resto. Con el pelo muy negro, siempre peinado con agua por la mañana, siempre un poco alborotado a la tarde, un remolino rebelde que se le hacía aquí, justo en la coronilla. Los ojos también oscuros, la boca que se curvaba a veces en una mueca casi irónica. La misma que después iba a aparecer en los periódicos de toda Europa, exactamente la misma. Que yo no sé si alguien de ocho años puede saber lo que es la ironía, pero le juro que Vicente Trueba tenía, ya por entonces, una sonrisa irónica. O pícara... sí, a veces más pícara.

Era bastante callado, tirando a formal, ya le digo. Recuerdo... recuerdo un domingo por la mañana. Los domingos por la mañana eran los mejores días, porque tenías un rato para jugar con todos. Quiero decir... se madrugaba para hacer las tareas del campo, cuidar a los animales, pero después la rutina cambiaba, y la familia al completo iba a misa, a una iglesia que estaba situada a las afueras del pueblo. No, hoy ya no la puede visitar, porque la reformaron hace... bueno, la reformaron hace mucho tiempo, y ya no queda nada que se parezca al templo de nuestra infancia. Pero, a lo que iba, esos domingos íbamos todos a misa, y después tenías un ratuco libre, para hacer lo que quisieras, mientras los hombres acudían al concejo, que siempre se celebraba después de los oficios religiosos. Las mujeres marchaban a casa, y hacían

algún dulce para el postre, o al menos así lo recuerdo. Seguramente no fuera todos los domingos pero... ya sabe, la memoria juega a quedarse con olores y sabores que nos marcan, que nos hacen recordar la infancia. La memoria...

Así que podíamos jugar durante un tiempo, todos los chavales juntos, porque ay de quien no hubiese ido a misa, jejeje. Mientras, los adultos andaban ocupados. Los conejos solían durar poco, apenas unos minutos, salvo cuando era época de subir los animales a los pastos que teníamos mancomunados con La Montaña y Polanco. Esos días siempre hubo discusiones, y cada cual esgrimía que era mejor una fecha u otra, que se iba a perder la hierba si no se hacía de esa forma, que el resto eran unos ignorantes. O, bueno, al menos eso es lo que nosotros escuchábamos en casa, porque a los conejos los niños y las mujeres teníamos vetada la entrada. Después los mayores iban al corro, a jugar a los bolos, y a la taberna. Frascas de barro con vino blanco, el retinglar de la madera contra la madera... eso son, también, los recuerdos de mis domingos.

Pues, lo que le decía de Vicente... me viene a la cabeza una historia que muestra lo formaluco que era. Un domingo, después de misa, nos fuimos todos los chavales hasta una pequeña poza que había cerca de Sierrapando, para bañarnos. Lo hacíamos a menudo, no se vaya a pensar. El caso es que para llegar allí teníamos que pasar por delante de la casa del maestro, poco más que una choza vieja, que amenazaba ruina y olía a mohó. Eso sí, con su blasón en la pared, que los montañeses somos muy orgullosos para esas cosas. Yo no sé qué se me pasó por la cabeza aquel día, porque suelo ser de natural tranquilo, y nunca me había dado por las barrabasadas, pero el caso es que me detuve y dije que iba a llenar de estiércol los muros de la vivienda. O igual de barro, no sé, aunque si íbamos a bañarnos haría buen tiempo, y no habría barro. Ya ve, la memoria, de nuevo... A todos les pareció una idea fantástica, porque éramos diez o doce mocosos sin más malicia que la de hacer alguna travesura, y tampoco andábamos planeando el asesinato de nadie, ¿no? Bueno, pues Vicente se negó. No crea que lo hizo con aspavientos, ni para destacar,

ni siquiera pienso que estuviera embobado con la homilía del cura, que vaya usted a saber de qué nos había hablado aquella mañana. No, no era artificial, se lo prometo, sino sincero. No nos ha hecho nada, decía, y lo cierto es que era verdad, porque el maestro resultaba bastante bueno: casi no pegaba y se esforzaba por enseñarnos, que es más de lo que hacían la mayoría en aquellos años. No nos ha hecho nada, repetía, si queréis cuando nos dé alguna razón volvemos, otra semana, después de que haya castigado injustamente a alguien. O vamos a casa del Nicolás y se la ensuciamos a él, que sí que lo merece. Y lo merecía, esa es la verdad, porque el Nicolás era uno de esos malos vecinos que pueden arruinar la convivencia en un pueblo pequeño, uno que, decían, robaba castañas y bellotas del monte cuando aun estaban los *antuzanos* cerrados, y que dejaba que sus vacas pastasen en cotos cuando no miraba el *mesguero*, y cosas así... un brozas sin respeto por los demás, vaya. Pero el sitio donde vivía no nos caía de paso, así que irnos hasta allí resultaba todo un engorro. Se lo dijimos, pero Vicente se mostró inflexible. Si le hacéis eso al maestro hoy, no contéis conmigo. Y ya se iba él solo cuando los demás le dijimos que se quedara, que lo dejábamos *pa prao*, que nos íbamos a bañar. Y luego sí, todo sonrisas, como si no hubiese pasado nada. Es solo un ejemplo, a lo mejor un poco tonto, pero creo que cuenta mucho de Vicente, ¿no? Ese sentido de no hacer las cosas sin razón, la visión de lo que es justo y lo que no. Hasta lo de irse, dejarnos allí a sus amigos, a todos los conocidos del pueblo, sin más, solo por no participar en algo que consideraba no era lo correcto... No sé, creo que si tuviese que definirlo con una imagen sería con esta. Nada del Tour, nada los grandes puertos... aquel día, frente a la casa del maestro, fue más valiente que nunca...

El que le metió el gusanillo de la bici fue su hermano José, que era uno de los ciclistas más destacados de la zona. Creo que llegó a ser incluso alguna vez campeón regional y todo, como Vicente. A lo mejor hasta al mismo tiempo en diferentes categorías, pero eso no se lo podría jurar... Pues por allí que los podías ver, con catorce o quince años, pedaleando por los alrededores

de Sierrapando. Que, por cierto, era buen entrenamiento ese, porque casi para donde fuera pillabas cuestras... que si La Hilera, que si La Montaña, que si San Cipriano, o Collado de Cieza, o Mijarojos, o Cildad, o Ubiarco. Cuestras, cuestras y más cuestras. Algunas menos duras, otras de las de retorcerse. Por ahí veías a José y a Vicente, a cualquiera de los Trueba. José siempre iba tirando. Es que es más grande, me decía después Vicentuco, y me corta el viento, y ponía esa cara de inteligencia que ya se le había ido quedando en el rostro con la adolescencia. Pero no era eso, o no solo. José era mayor, y tenía más afición, si quiere verlo de esa forma. Así que se pasaba el día animando a Vicente, empujándolo, obligándole a que no se bajase de la bici en la última curva antes de llegar a Mercadal, esa que es tan empinada. Jejeje... y al final mira... es irónico, ¿verdad? Porque todos se fueron picando, hasta Vicentuco, e incluso llegaron a habilitar una parte de la cuadra que tenían en su casa a modo de taller para las bicicletas. La de veces que habré pasado por allí yo para arreglar un pinchazo o para corregir algún golpe en el cuadro... A Vicente le gustaba mancharse las manos con grasa de mecánico (con las vacas no, nunca le tiró lo de la ganadería) y siendo ya profesional echaba muchas tardes en ese lugar, charlando de todo, del futuro, del pasado. Y de bicis, sobre todo de bicis. Había costado, pero al final era un loco de ese vehículo.

Claro que no era de extrañar, porque terminó siendo uno de los mejores ciclistas del mundo, seguramente el escalador más fino, elegante y demoledor que hasta entonces se hubiera visto. Sí, lo digo sin ruborizarme... Pero los recuerdos que yo tengo de Trueba... de ese Trueba... son otros. Son de infancia, de adolescencia... son recuerdos de risas, de verbenas donde se baila hasta tarde, de vueltas a casa amparados por las sombras. Tuve mucha suerte en la vida... leí sobre el mito, pero conocí al hombre.

Y mereció la pena.

Claro que eso me lleva a recordar otra historia. Quédese, quédese, se la cuento ahora. Serán solo unos minutos...

Resulta que...